

formado por el cristianismo, mantuvo la institución familiar casi intacta a través de la fermentación bárbara y la evolución medioeval, hasta que la filosofía positiva, acabando con la moral religiosa como indicador de la conducta humana, conmovió todas las instituciones ancestrales. Más tarde, vino toda la literatura y la filosofía disolventes de los últimos cincuenta años... y después de Nietzsche, el *paterfamilias* no fue ya sino un fetiche caído en ruinas, cuya plaza venía a ocupar un ser de carne y hueso, sujeto a todas las humanas flaquezas y sujeto también al libre examen de sus propios hijos, que ya no suelen ver en él sino el individuo egoísta y acaso vicioso que en un momento de espasmo, da vida y forma a un ser, sin pensar siquiera en ello.

Así, la familia marcha a su disolución por toda la redondez de la tierra; pero esa marcha es especialmente acelerada, vertiginosa, en este país sin tradiciones, sin fisonomía y sin personalidad distinta, como no sea para lo extravagante, acaso porque aquí la humanidad, como el sagrado Nilo en su angosto valle, todos los años deposita un espeso aluvión de los más diversos gérmenes que, desvinculados del suelo, germinan después y florecen en las más extrañas formas y acaso agravan y desvían la marcha de los fenómenos sociales.

Esta breve pero sustanciosa disertación sobre los "orígenes y evolución de la familia" que acabo de espetarle en un raptó insuperable de catedrático, a mí me ha costado gran esfuerzo y a Ud. debe haberle producido sueño invencible. Justo es que duerma Ud. la "lata," y para el efecto la corto aquí súbitamente, prometiendo continuarla en la próxima epístola de este su sobrino muy adicto.



XI—Home, Sweet Home

(Concluye.)

New Orleans, Marzo de 1915.

Mi buena tía:

La vieja concepción religiosa de la familia, implicaba necesariamente el vínculo indisoluble: el divorcio correspondía a estados espirituales que nuestros retatarabuelos no conocieron!

Por eso mismo, casarse era cosa muy seria todavía en la generación de Ud., mi querida tía: unirse de por vida a otro ser, cuyas verdaderas ideas, gustos, prejuicios y temperamento no conoce uno, es cosa para pensada. Y de allí aquellos noviazgos que se eternizaban: uno de siete años, era cosa corriente en México no hace mucho tiempo todavía: puesto que hemos de vivir juntos, toda la vida, se decían los novios, no hay necesidad de andar de prisa.

Pero ahora las cosas son muy distintas y sobre todo en Estados Unidos, donde se vive tan de carrera, que ya no se cuenta por años, ni siquiera por meses, sino sencillamente por semanas. El matrimonio aquí, es cosa que se "guisa" al vapor, se consume rápidamente y se desbarata con suma sencillez.

En México, no sólo entre la gente adinerada, sino aun entre las clases medias, la celebración de la boda y el esta-

blecimiento inicial de la nueva pareja, implica necesariamente un gasto que, en proporción de los elementos con que cada uno cuenta, significa una verdadera fortuna. Lo cual constituye una defensa para los solteros. Entre las donas de la novia y la levita del novio, el juez del Registro llevado al domicilio de los futuros suegros, el cura y el adorno de la iglesia, los carruajes de la pensión, la fotografía, el viaje de boda, y sobre todo, el establecimiento de la casa conyugal, a un individuo del tipo de nuestros empleados de ciento cincuenta pesos mensuales, no le cuesta menos de tres mil pesos echarse a costas la famosa cruz.

Nada parecido sucede en este bendito país. Gracias a la benemérita institución del *boarding house*, y a la invención, no sé si patentada, de los "molinos de matrimonios," cualquiera puede contraer "el sagrado vínculo" a condición de tener en el bolsillo unos veinte duros, que, en el supuesto de que la "feliz pareja" resida, por ejemplo en New Orleans, se descomponen del modo siguiente:

Dos pasajes de tranvía de la casa de la novia a la orilla del río Mississippi	\$ 0.10
Dos pasajes de "ferryboat" al otro lado del río, para dirigirse a Gretna, el "molino de matrimonios"	\$ 0.10
Dos pasajes en el tranvía de Gretna	\$ 0.10
Derechos matrimoniales	\$ 1.25
Tranvía y "ferry" de regreso	\$ 0.30
Comida y casa para la pareja, durante la primera semana, en un "boarding"	\$15.00
Lavado de ropa	\$ 1.50
Imprevistos	\$ 1.65
Total.....	\$20.00

Comprenderá Ud. que una unión sellada con lacre tan barato, necesariamente ha de durar poco; pero éste es otro aspecto del matrimonio americano de que me ocuparé después.

Entre tanto, permítame Ud. explicarle algo que seguramente no ha entendido y debe tenerle intrigada. ¿Qué es, se preguntará Ud., eso del "molino de matrimonios"?

El "molino de matrimonios," le contestaré recordando a Eça de Queiroz, es "lamentablemente parecido al molino de café."

Nosotros, allá en México, no concebimos que pueda uno casarse más que de un modo: asistido del juez y el cura; pero aquí las cosas pasan de muy diferente manera: una vez con la "licencia" en el bolsillo, lo mismo puede uno casarse en la alcaldía que en la iglesia, bajo techo que al aire libre, en un carro pullman o en un automóvil, en el teatro o en una fonda, entre un cocktail y un guisado de salehichas.

Y del mismo modo, las prácticas matrimoniales difieren aquí, no sólo de Estado a Estado sino de parroquia a parroquia. Mientras que en New Orleans el matrimonio no es tan fácil relativamente, enfrente, al otro lado del río, en Gretna, lo casan a uno hasta con su sombra, con la sola condición de que tenga para pagar la cuota respectiva. Llega uno a la Alcaldía, se paga, eso sí, previamente, entra uno por la puerta soltero, se da un golpe de manubrio y sale por la otra puerta casado.

Por supuesto que si al salir de la Alcaldía preguntásemos a una pareja de estas, si están realmente casados, nos expondríamos a que nos dieran la respuesta del peladito aquel que llevado a Belem, por una ratería, respondiendo a "sus generales," dijo ser casado no por la iglesia ni "por lo civil" sino por lo *creminal!*

La confusión de palabras produce la confusión de ideas y por lo mismo conviene advertir que estos "casados" son cosa distinta de los "casados" de allá. Es natural que un casamiento de la "era" de don Wenceslao Briceño, no sea como un casamiento del "molino de matrimonios." El "molino," en cuestión, no es sino la consagración legal del concubinato. Porque, después de todo, ¿qué cosa sino un concubinato es una unión que se improvisa en tres días, sabiendo previamente que no ha de durar sino unas cuantas semanas y que se desata en unas cuantas horas?

Porque ha de saber Ud. que así como en Gretna se puede conseguir a bajo precio un *matrimonio decente*, hay en el Estado de Arizona otra parroquia, cuyo nombre he olvidado ahora, donde también por una friolera se "descasa" a cualquiera en media hora. De manera que aquí encuentra uno "la yerba y la contrayerba."

Por lo demás, sin ir tan lejos, en sólo las cortes de New Orleans, se ventilaron en el año del Señor de 1914, la friolera de 409 expedientes de divorcio.

Pero mientras llega el caso de tener que hacer el viaje

a aquella remota y bienhechora parroquia, vea Ud. tres casos que le ayuden a comprender la psicología de esos "sweet homes" que se fundan en Gretna y se liquidan en Arizona.

En el mes de Julio de este año, el agente Paul Maureau de la policía de New Orleans, arrestó a la señora Meyer Bernstein y la consignó por disparar armas de fuego dentro de los límites de la ciudad. De las investigaciones practicadas resulta que el marido de dicha señora, Mr. Meyer Bernstein, es un honrado sastre que tiene su taller y su habitación en la concurrida calle Canal. Como sus negocios no iban bien, pensó mudarse a otro punto de la ciudad, pero la señora se opuso abiertamente, porque dice que a ella le gusta mucho la calle Canal; y como su esposo insistiera en la mudanza, la señora Bernstein resolvió suicidarse disparándose un balazo que, como en el caso de don Agapito el de "San Juan de Luz," no le dio en la cabeza por no haberla tenido en aquel sitio.

El "Times-Picayune" del 31 de Julio, que da cuenta del suceso, dice que no obstante el frustrado suicidio, Mr. Bernstein insiste en que se ha de mudar, mas la señora dice que no hará tal, aunque se lo pidan frailes descalzos.

Pero esta Mrs. Meyer no vale nada como ejemplo de firmeza de resoluciones; para mujer firme y cumplida, tenemos aquí a una Mrs. Burnton Carter, que no hay más que pedir.

Verá Ud.

Empleado en las instalaciones que la compañía petrolera Standard Oil Co. tiene en Baton Rouge, la Capital de Louisiana, vivía un Mr. Burton Carter, casado con... naturalmente con Mrs. Burton Carter.

Mr. Burton Carter, según "constancias de autos," se "la pegaba" a la señora diariamente, a pesar de Mr. Mann y de su acta famosa sobre "white slavery." Bien es verdad que la señora, según su propia confesión, también se "la pegaba" a Mr. Carter; lo que no tiene nada de sorprendente en un país donde las sufragistas cada día ganan más terreno con su famosa teoría de que las señoras deben tener los mismos derechos que los hombres. De obligaciones no dicen una palabra estas estimables señoras.

El objeto de las debilidades de la señora Carter era otro empleado de la compañía petrolera Standard Oil Co. de nombre Mr. Lloyd Hicks; y de paso permítame Ud. ob-

servar que como toda esa gente andaba metida entre el petróleo, nada raro es que todos ellos sean tan fácilmente inflamables.

Mr. Carter, en los últimos días de Julio, encontró a su cara mitad con su amante Mr. Hicks, y de allí nació una riña a balazos, en que el pobre Mr. Carter, sobre cornudo... recibió un tiro que dos días después lo hizo pasar a mejor vida.

Esto dio lugar a que los dos amantes fueran llevados a la cárcel, y una vez allí, la señora Carter ha intentado por dos veces suicidarse.

Interrogada acerca de los motivos de su extraña tenacidad, la hoy viuda de Carter, ha contestado que aunque ella y "su difunto" se... vamos, se eran infieles recíprocamente, ambos habían hecho el pacto de no sobrevivir el uno al otro, y como ella es muy cumplida, tiene que matarse, una vez que Mr. Carter ha fallecido! ("Picayune," Julio 29 de 1915).

Menos fúnebre y siniestro que el de los esposos Carter es el del matrimonio Roecker, referido recientemente por el "Philadelphia North American" y reproducido por un diario de Crescent City.

Ante la corte municipal de Philadelphia compareció Mr. Herman H. Roecker, con domicilio en Pine St., refiriendo que Mr. Warner Wunder le ha robado el afecto de su señora y su propio nombre, pues no sólo se llevó a vivir maritalmente a la señora Roecker sino que él, el propio Mr. Wunder, se hace llamar Herman H. Roecker y por tal nombre lo conocen los vecinos. Todo lo cual califica Mr. Roecker de "damage" que valoriza en mil quinientos dólares, cuyo pago motiva su demanda. Lástima grande que el periódico de Philadelphia no diga de esos mil quinientos dólares, cuántos asigna Mr. Roecker como precio del nombre y cuántos por el hurtado afecto de la señora! ("Picayune," Sept. 30, 1915.)

Todos estos hechos, que a pesar de su extravagancia no son sino absolutamente ciertos, nos parecerían una mentira allá en México, donde tenemos ideas tan falsas acerca de este país. Y por eso, para alejar toda duda, le doy Ud. cada caso con todos sus pelos y señales.

En efecto, cuando se nos refiere allá de qué libertades gozan las jóvenes americanas menores de edad, libertades que de hecho son mayores de lo que se nos había dicho; cuando

sabemos que se marchan absolutamente solas con sus novios, por horas y hasta por días enteros, pensamos y solemos decir que eso está muy bien en Estados Unidos donde la mujer sabe defenderse; pero no en México donde fácilmente cae en una trampa.

Eso hemos creído todos y he aquí que al llegar a este famoso país hemos encontrado lo que debíamos saber sin movernos de casa, esto es, que aquí, como en todas partes, bajo todas las latitudes y en todos los climas, la mujer es siempre la heredera directa y legítima de Eva, nuestra frágil bisabuela, hecha de una costilla de Adán y de su mismo impuro y quebradizo barro.

Mentira! Si es innegable que en Estados Unidos hay matronas honorabilísimas, admirables Lucrecias modelos de virtud, abundan también esas adorables criaturas, delicados *bibelots* que se rompen al más leve choque; cuya virtud se funde a los 100° del Farenheit.

Lo que hay de cierto es que cuando en México una casta doncella, a espaldas del Registro Civil rinde culto a Afrodita, se hace de aquello un drama cuando no una tragedia; en tanto que aquí, eso parece lo más natural del mundo. Las muchachas,—le dicen a uno aquí,—deben pasar primero un "good time" y después de que se hayan divertido abundantemente, entonces deben pensar en casarse.

Ante una virginidad que fracasa, en México, país de pesimistas coléricos, se hace un escándalo, lo cual no impide que esos fracasos se cuenten por docenas todos los días; en tanto que los americanos, con su optimismo sonriente, que les da una gran fuerza, se afirman reciamente sobre las narices los anteojos del Dr. Pangloss y una vez más declaran que las cosas van de lo mejor en el mejor de los mundos posibles!

Las "vírgenes a medias" que tantos dolores de cabeza costaron años atrás a Marcel Prevost, no son producto exclusivo de París: tienen por patria el mundo.

Y para que no diga Ud. que invento, ante mi vista tengo el recorte de un gran diario de aquí, conteniendo un telegrama de San Francisco, Cal., fechado allí el 19 de Julio último, en el cual se da cuenta de que en un discurso que ese mismo día pronunció ante el International Purity Congress la señorita Mary Brown, Superintendente de un Departamento de la National Women's Christian Temperance Union,

dijo que "hay in the country—no es fácil saber si se refiere a toda la nación o sólo a una parte de Estados Unidos—medio millón de mujeres abiertamente inmorales y un número mucho mayor, en el cual se encuentran muchas niñas de las escuelas, que practican "la inmoralidad clandestinamente."

Después de escuchar a Miss Brown, ¿seguiremos creyendo que es aquí donde debe buscarse a la mujer fuerte del Evangelio?

Pero entonces, será necesario ir a desenterrar bajo las ruinas de la Grecia mitológica, la simbólica linterna de Diógenes.

Suyo muy de veras,



XII—Combination Salad

Río Mississippi, a bordo del Marowijne, Junio de 1915.

Muy querida señora:

En cartas anteriores he procurado darle a conocer "desde mi punto de vista" cosas e instituciones de este enorme país,—la mayor aglomeración de hombres civilizados que se reunió jamás dentro de las mismas fronteras,—que pudieran dar lugar a considerarlas en capítulo aparte.

Otras hay sin duda que me escapan y que por eso mismo no considero, sin que esto me cause pena, porque el objeto de estas cartas jamás fue el de hacer un estudio de conjunto de los Estados Unidos, sino puramente transmitir a Ud. "lo que yo vi en Estados Unidos," comentado a la luz de aquel *amable diletantismo* de que le hablé hace ya meses, en mi primera carta.

Al lado de aquellas "modalidades" americanas que ameritan veinte páginas de un libro, hay muchas otras que no reclaman sino algunas líneas, pero que no dudo le agrade conocer. Hay tantos errores de conjunto y de detalle en nuestra concepción del pueblo americano, que vale la pena de ofrecerle una serie de *faits divers* más o menos extravagantes, pero todos ellos característicos de la idiosincracia yanqui, tan diferente de lo que allá imaginamos. Sólo que en este terreno, me será permitido que prescinda de todo método, que dis-

frute yo de la mayor libertad para ir presentando tales minucias como vayan viniendo a mi memoria.

* * *

Uno de los errores más antiguos y arraigados entre nosotros, es el de creer que este es "el país del beefsteack," que aquí se come mucha carne y, como consecuencia, todo el mundo es muy robusto, incluso las muchachas que, sin nuestra defectuosa educación, no se cuidan de falsos romanticismos, sino del desarrollo integral, mediante una alimentación científica, ejercicios físicos al aire libre y prácticas de higiene.

Imagine Ud. mi sorpresa cuando voy encontrando que aquí nadie come carne!

Pero después del primer momento de sorpresa, acaba uno por darles la razón. No precisamente porque la carne tenga todos los inconvenientes que le cuelgan ahora los higienistas de la última hornada, sino sencillamente porque la carne de aquí es incomible.

Comerse un roastbeef en una fonda americana, es un acto que, desde los puntos de vista plancentero y alimenticio, absolutamente no difiere del de comerse un viejo palimpsesto, o el muslo de un faraón de la tercera dinastía, en este año de gracia de 1915.

Cuando yo recuerdo los escrúpulos y reparos de Ud. ante el lomo de una res de quince días de muerta, allá en México, me río de todo corazón. Porque si aquí, ante un robusto "small steack," se pone Ud. a inquirir la fecha de la defunción de la poco afortunada bestia a la que en vida perteneciera semejante pieza, y en camino de su investigación, se remonta Ud. hasta Chicago y las bodegas de Armour o de Swift, no dejaría Ud. de comprobar que su fallecimiento es anterior a las fiestas del Centenario.

Naturalmente, un muslo de toro que a través de cinco años de permanecer entre toneladas de hielo, a 50° bajo cero, comparece aderezado con "Tomatoe Sauce," necesariamente ha de tener, en cuanto a gusto y propiedades alimenticias, todas las sobresalientes cualidades de la estopa.

Pero no vaya Ud. a imaginar que a título de insípida, rechacen la carne los americanos; en un país donde las gentes se comen los aguacates con cáscara, la cuestión de sabor

tiene que ser muy secundaria: si aquí no se come carne es porque... sencillamente no se come nada. Succi, aquel italiano ayunador que hace algunos años en el pórtico del Teatro Principal permaneció dentro de una jaula durante cuarenta y cinco días sin probar bocado, aquí resulta una broma, y no dudo que él y toda la casta de ayunadores que anda por allí, proceda de los boarding houses de Estados Unidos.

Todo el menú habitual de los *boarding houses*, donde vive y come el ochenta por ciento de estas gentes, se perdería en cualquier rincón de uno de nuestros platos de "puchero."

Aquí las gentes, las mujeres sobre todo, viven del oxígeno que aspiran en la calle, y de chocolates. Observa Ud. que hablo en plural, que digo "chocolates" y no "chocolate," para que no vaya Ud. a imaginar que se trata de aquellas humeantes y copiosas jícara de los viejos conventos, que nuestras abuelas tomaban a las cuatro de la tarde, con su acompañamiento de pan de huevo, queso fresco, plátanos al horno y exquisitas "gordas" de manteca. ¡Qué lejos estamos de todo eso!

En Estados Unidos reciben el nombre de "chocolates" ciertas bolas, hechas de una masa blanca—cebo destufado probablemente,—cubiertas de una delgada capa color de café quemado, a la que con esencias de fabricación química, se dá un vago tufillo de mala vainilla y peor manteca de cacao, las cuales bolas se venden en cajas de fantasía amarradas con listones, de las que hacen gran consumo las "girls" o muchachas de aquí, a condición de que a cada una se las regale su respectivo "sweet heart."

Un "ice-cream" y dos chocolates constituyen la alimentación habitual de esas muchachas que, en uso de una fatídica libertad mucho más penosa que la cadena de nuestras mujeres latinas, trabajan en los almacenes, hoteles, etc., para ganar siete dólares a la semana, con los que agonizan de hambre en el respectivo "boarding house."

Por supuesto que todas esas criaturas son carne de miseria mal disimulada, roídas por la anemia y cayéndose de consunción, ni más ni menos que nuestras cloróticas muchachas de México.

* * *

Otra mentira convencional muy extendida entre nosotros, es "la formalidad yanqui." Según ese falso concepto,

el habitante de este país vive entregado a profundas especulaciones, a ocupaciones trascendentales, a *bussiness* de gran cuantía, con exclusión absoluta de esas ocupaciones superficiales, propias de muchachos, que no ven sino el lado risueño de la vida.

Por el contrario, no hay gente más ruidosa y superficial.

Y todo conspira a esa condición del público americano: el optimismo general del pueblo; la enorme abundancia de inmigrantes que de la sordidez de las viejas tierras europeas, súbitamente pasan a los altos jornales de este país; la predominancia enorme de las mujeres en la vida americana donde, como en Rusia, tienen por lo general una cultura superior a la del hombre, que a menudo no es sino una rueda bien pagada de una gran máquina de trabajo.....

Hay aquí público siempre alegre y dispuesto para todo, que lo mismo hace cola a la entrada de un "moving picture" para ver en películas una "historia bien acabada," como diría James Bryce, que se detiene y arremolina frente a una rata muerta en la vía pública.

Pero lo que a los americanos jóvenes enloquece hasta un grado que nosotros no acertaríamos a comprender en ninguna etapa de nuestra vida, es el baile.

Mover los pies a compás de una música, generalmente muy mala, no sólo ha provocado la formación de una nueva clase parasitaria, la de los maestros de baile, que con sendas academias se encuentran a cada dos cuadras, sino que ha dado lugar al nacimiento y desarrollo de un arte *sui generis*, que seguramente no prosperará en otras partes y que consiste en convertir los pies en un instrumento musical. Hay gentes aquí, que con un par de zapatos especiales, provistos de suelas *ad hoc* pueden exclamar como Triquitraque, el tocador de guitarra, a propósito de sus dedos:

Aquí tengo loj Bancoj d'Ejpaña!

Pero ahora no voy a referirme a ese género de artistas, de que trataré al ocuparme de los teatros, sino de la loca afición al baile, que domina a las gentes de las más diversas condiciones.

Agarrarse con otra persona para mover a compás los pies y el cuerpo, es aquí una necesidad que nada tiene de común con nuestros bailes de allá.

En nuestra raza, a un baile sólo asisten gentes del mismo nivel social, seleccionadas entre sus relaciones por la fa-

milia en cuyo hogar se celebra la fiesta, donde se oye buena música y se baila con personas cuya filiación cada uno conoce desde dos o tres generaciones anteriores, así como sus antecedentes y condiciones actuales.

Aquí no: puesto que el objeto es mover cuerpo y pies a compás, en brazos de otra persona, lo de menos es saber si esa persona es hija del *grocery-man* de la esquina o un hermano de Rockefeller. Y, naturalmente, aquí nunca hay bailes de familia: aquí se baila en los hoteles con las otras parejas venidas de las cuatro partes del mundo, o en salones especiales de las estaciones balnearias, y demás lugares de esparcimiento, adonde nadie invita sino que entra todo el mundo mediante cinco, diez o más centavos.

La música es también indiferente: lo esencial es un "tiempo" musical más o menos monótono, que permita a los pies marcar el compás de los diferentes bailes: "one step," "two step," "hesitation," etc.

Y de allí, como traído a la mano, viene a su vez un arte musical autóctono, único, inconfundible: parece como si las "piezas" no fueran escritas por "músicos" sino por albañiles, garroteros, o cualquiera otro gremio absolutamente ajeno al divino arte de Santa Cecilia.

Daría yo algo de provecho por poder tocarle cualquiera de esas producciones en una de estas máquinas de hacer "ruidos concertados" que aquí se fabrican por montones y que se bautizan con todo género de epítetos: pianolas, victrolas, grafófonos, etc., para que Ud. pudiera comprenderme; pero ya que eso no me sea posible, voy a darle, en inglés y español, los nombres de algunas producciones materiales de acá, que algo han de ilustrarle sobre la materia, si es que no estoy enteramente equivocado cuando pienso que el "estado espiritual" que inspira el título de una composición no es del todo extraño al que inspira la composición misma.

He aquí algunos títulos de otras tantas producciones que todas pueden entrar dentro de la clasificación genérica de "galopes de circo."

There's a girl in the heart of Maryland with a heart that belongs to me. (Hay una niña en el corazón de Maryland con un corazón que me pertenece.) (Música por Harry Carrol. Palabras de Ballard Macdonald.)

If he looks good to mother, don't look for another. But plant yourself into his heart. (Si él le gusta a mamá, no

busque otro, sino plántese Ud. misma dentro de su corazón.)
(Música de Geo. W. Meyer. Palabras de Sam. M. Lewis.)

If that's your idea of a wonderful time, take me home.
(Si esta es su idea de un maravilloso rato, lléveme a casa.)
(Música y palabras de Irving Berlin.)

What d've mean you lost yer dog? Who is that dog?
Gone dog. Gone dog of mine. (Que pensaría Ud. si perdiera su perro? ¿Quién es ese perro? Perro ido. Perro mío ido.) (Música de Joseph M. Daly. Palabras de Thos. S. Allen.)

He'd have to get under. Get out and get under. To fix up his automobile. (El tuvo que meterse debajo. Que salirse y meterse debajo. Para componer su automóvil.) (Música de Maurice Abrahams. Palabras de Grant Clarke y Edgar Leslie.)

In the heart of the city that has not heart. (En el corazón de la ciudad que no tiene corazón.) (Música de Joseph M. Daly. Palabras de Thos. E. Allen.)

When you tell the sweetest story to the sweetest girl you know. (Cuando Ud. cuenta la más dulce historia a la más dulce niña que Ud. conoce.) (Música y palabras de W. R. Williams.)

Sin comentarios!

* * *

Los "tenderos" de ciertos pueblos de México, para hacer desesperar a nuestros rancheros, suelen preguntarles:

¿A cuántos das por media docena?

Y esto, que allá resulta una sandez sin medida, aquí es enteramente justificado.

En efecto, mientras que en México y en el resto del planeta no se concibe que una "docena" pueda tener ni más ni menos que doce objetos iguales, aquí las docenas, créalo Ud., mi señora tía, aquí las docenas, generalmente son de trece y las medias docenas de siete.

Llega Ud. a un restaurant, pide Ud. ostras y el mozo le pregunta ¿cuántas? e invariablemente le sirven trece si ha pedido Ud. una docena o siete si el pedido fue de media.

Esto, que bajo la apariencia de una broma no es sino absolutamente cierto, es enteramente natural donde el Domingo comienza el Sábado por la tarde.

Si Ud. quiere saber cuál es el origen de la costumbre

americana, de terminar toda labor el Sábado por la tarde, no tiene Ud. sino ocurrir a aquel estimable Mr. Evans, que cité a propósito del descubrimiento y bautizo de la Florida y abrir su obra histórica "The Essential Facts of American History" en las págs. 168-69. El Profr. Evans describe las costumbres de las colonias inglesas, de donde procede este país, en los primeros tiempos, las rígidas costumbres religiosas, que obligaban a todos, especialmente el Domingo, en que estaba prohibido "pescar, disparar, remar, bailar, saltar o trabajar en el campo" y agrega:

"Sunday began at sundown on Saturday." Lo que en español significa literalmente, "El Domingo comenzaba el Sábado a la puesta del Sol."

* * *

Este Mr. Evans me ha sido de gran utilidad, pues me ha dado la explicación, aunque sea parcial, de ciertos aspectos americanos que sin aquel docto profesor jamás hubiera yo entendido.

Tal me ocurrió con la enorme predominancia de la mujer en la vida americana.

En los teatros, en los templos, en los tranvías y en las calles, en los almacenes, en los parques, en todos los sitios, no sólo es sorprendente el gran número de mujeres con que tropieza uno, sino la imposición cada día más firme del gusto y del criterio femenino, imposición que trasciende ya a la esfera de la política, determinando en parte la orientación de las leyes y de la política local o nacional.

El fenómeno es complejo y, como sucede en todos los hechos sociales, contribuyen a su formación multitud de factores. Pero si en escritos de la índole de estas cartas, determinar las causas no es otra cosa que señalar las más aparentes, voluminosas e inmediatas, me será lícito asignar como una de las principales de la preponderancia femenina, un hecho histórico tan precioso como poco divulgado, a saber: que en los primeros tiempos de la historia americana, los hombres no escogían a las mujeres, como en otras partes, sino, por el contrario, las mujeres escogían a los hombres: ¿qué hasta en eso había de manifestarse el yanqui distinto del resto de la humanidad!

He aquí cómo lo refiere el profesor Evans. Después

de hablar de los primeros tiempos de prosperidad de las colonias, cuando ya se cultivaba en grande escala el tabaco, principal producto de aquellos nacientes países, agrega:

"One thing more they needed, and that was wives. There were too many men and too few women in the colony. The company in London knew that the settlers would never be content without homes and women to take care of them. Accordingly, a shipload of young women, of good character and health, was sent over to Jamestown to be wives for the young men. Each young woman was to choose her husband, who must pay one hundred and twenty pounds of tobacco, to cover the cost of passage to America.

When the ship arrived with ninety young women on board, the men greeted them gladly. Courting was done in a hurry, and ministers were on hand to marry them at once. The tobacco was paid down, and all the women found good homes in a prosperous colony. Other ships came with young women for wives." (Evans. "The Essential Facts of American History." Pag. 51.) (*)

Y ¿no le parece a Ud. que necesariamente ha de diferir mucho la evolución de una sociedad donde las mujeres comienzan eligiendo a sus maridos, de otra donde los hombres elijan a sus mujeres?

* * *

Antaño—no se imagina Ud. con cuánta melancolía escribo esa palabra aplicada a cosas de México—cuando todavía la dinamita no ejercía su función "regeneradora" volando trenes cargados de pobres gentes inofensivas, mujeres doloridas, niños sonrientes, humildes empleados de rostro marchito por los afanes de toda la vida, antaño digo—y esta vez antaño, significa menos de un lustro—era un verdadero

(*).—Traducción.

Una de las cosas que más necesitaban, eran esposas. Había demasiados hombres y demasiado pocas mujeres en la colonia. La compañía—se entiende la compañía concesionaria de la colonia—en Londres, supo que los colonos jamás estarían contentos, sin hogar ni mujer que cuidase de ellos.

En consecuencia, un barco cargado de muchachas (?) de buen carácter y buena salud (?) fue enviado a Jamestown para ser esposas de los jóvenes. Cada muchacha había de escoger a su marido, quien estaba obligado a pagar por ella ciento veinticinco libras de tabaco, para pagar el costo del pasaje a América.

Cuando el buque llegó con su cargamento de noventa señoritas (?) a bordo, los hombres se congratulaban alegremente. Los trámites amorosos—courting—se corrieron a toda prisa y a la mano había ministros para casarlos en el acto. El tabaco fue pagado y todas las mujeres encontraron buenos hogares en una colonia próspera. Otros buques llegaron con cargamento de mujeres para esposas.

placer, sano y vivificante, hacer un viaje entre Veracruz y México, por las cumbres de Maltrata, por el viejo camino de fierro que es para todos nosotros como un amigo de corazón que comienza a encanecer, a quien debemos servicios y bondades inolvidables, y a quien siempre saludamos con viva y sincera efusión. Y en ese placer, si entraba por mucho la grandiosidad del incomparable panorama, no figuraba por poco la comida de Esperanza, aquella comida exquisitamente caliente, con el frío que allí reina, que ponía en todos los famélicos rostros una nota de intenso bienestar.

Tal era la impresión de los que por primera vez o muy de tarde en tarde pasaban por allí: aquel menú era delicioso para comido una, dos, treinta veces; pero se tornaba infernal para los que hubimos de comerlo durante años enteros cada pocos días. Exquisito como era, resultaba un suplicio en su eterna identidad. Nunca un garbanzo de más ni una lechuga de menos.

Es lo que decía el obispo del cuento:

—Todos los días perdiz... aburre!

Por lo demás, aquel rechoncho hostelero francés tenía razón de sobra: si el público de un ferrocarril todos los días es nuevo, la mejor variedad está en lo invariable: desde este punto de vista, tanto da que cambie el guisado como que cambie el comensal.

Y no cambiaba jamás. Recuerdo que más de una vez aposté con otro viajero, varias horas antes de llegar a Esperanza, a que adivinaba yo, sin fallar en un punto, desde el pan hasta los palillos de dientes, el menú que iban a servirnos; y siempre gané la apuesta.

Esta desesperante monotonía, se explica con una clientela que todos los días cambia, de manera que para ella resulta variedad; pero en grado no menor la puede Ud. encontrar aquí en materia teatral, con la agravante de que la clientela, si varía en una pequeña parte, permanece idéntica en la masa.

Del propio modo que en tiempos pude en cualquier día y desde cualquier parte del país hacer el menú de la fonda de Esperanza sin equivocarme un plátano, así mismo ahora puedo desde mi silla de trabajo en un reducido "apartment" de Crescent city, hacer el programa de cualquier teatro de la vasta Unión Americana, a condición solamente de que se me diga el género de espectáculo. La variedad, que tan necesari-

ria es para los pueblos civilizados, de imaginación viva, resulta un lujo innecesario para los pueblos primitivos, que se entretienen toda la vida con el mismo episodio. Y otro tanto les pasa a estos pueblos, de mentalidad dormilona y tardía.

Así, tratándose de lo que allá en México designamos vagamente con el vocablo de "Variedades" que aquí llaman "Vaudeville" y que produce furor entre el público, el que ha visto un teatro americano puede hacer cuenta que los ha visto absolutamente todos, ya funcionen a orillas del Atlántico, en el Golfo de México, en la región de los lagos o sobre las rumorosas playas del Océano Pacífico.

Un espectáculo que no falta en un "vaudeville" americano, es aquel "arte pedestre" de que le hablé al principio de esta carta. Un individuo con un par de pies—andando el tiempo ha de tener cuatro si ha de cumplirse la ley de Darwin que dice: "la función hace al órgano"—un individuo, digo, que por ahora no tiene más que un par de pies casi siempre bastante grandes e invariablemente deformados en el sentido de ser enteramente planos por debajo—lo que puede ser una retrogradación a nuestro remoto antepasado, el mono—se presenta en el tablado y empieza a mover pausadamente los pies produciendo una serie de sonidos. A poco se da uno cuenta de que esos sonidos, cuya intensidad y rapidez van en aumento, son coordinados, de manera que producen una cadencia que es algo más que un acompañamiento. Todavía un poco después la velocidad impresa a aquellos dos pies—a los que acompaña a menudo una mímica generalmente grotesca,—alcanza el grado del vértigo y ya entonces es toda una composición musical la que producen, por más que, necesariamente, el registro o el pentagrama de este nuevo instrumento, no sea de grande extensión.

Recuerdo que hace algunos años se quiso introducir ese "arte" en México, pero la cosa se nos resistió.

La pareja de "cow-boys" es también muy celebrada aquí. Se compone generalmente de un hombre y una mujer, a menudo guapa, que visten de cuero, con sombrero tejano, *paliacate* al cuello y pistolón que disparan a cada momento. Comienzan cantando siempre el mismo tiempo musical, y terminan dando unos alaridos horribles, que causan una penosísima impresión, sobre todo, respecto de la mujer. Pocos espectáculos hay tan penosos—muy frecuentes por lo demás en Estados Unidos—como el de una mujer, sobre todo si es

bella, exhibiéndose en condición grotesca: deformar lo bello hasta volverlo ridículo u horrible, es cosa que los pueblos de civilización latina no acertamos nunca a concebir.

La "troupe" de negros es algo que nunca falta en estos "vaudevilles" y que también es típico. Todas ellas hacen siempre lo mismo: comienzan cantando canciones habituales en las plantaciones de algodón, generalmente muy feas, luego dos o tres de los negros comienzan a ejecutar dislocaciones horribles y toda clase de ejercicios grotescos; la vista de esos cuadros parece como que excita al resto de la "troupe" que gradualmente va tomando parte en ellos, hasta que toda la compañía se ve acometida como de un vértigo que se resuelve en una danza frenética, enteramente salvaje, compuesta de saltos y alaridos de un gusto lamentable.

Agregue Ud. ejercicios de tiro, bicicleta o patines, conjuntos musicales tendiendo casi siempre a lo ridículo y sólo rarísima vez a producir una emoción grata y elevada, parejas de cantantes de tipo cómico, que vocalizan al grado de que aquello más que canto parece una melopeya, y que invariablemente terminan bailando, porque aquí todo canto termina en baile y todo baile en canto, y ya con esto tiene Ud. una síntesis aproximada de lo que aquí, de una a otra frontera y del Atlántico al Pacífico, durante todos los inviernos hace, bajo el nombre de "vaudeville," las delicias de esta inacabable tropa.

* * *

Más típico y característico es todavía en este país el Cinematógrafo, que llaman *moving picture show*.

En alguna carta anterior expliqué a Ud. de qué manera el *National Board of Censors* influye aquí en el feliz desenlace de las historias de Cine: pero esa institución casi no era necesaria ya que la desmedida afición de los americanos a las "historias felizmente acabadas" que con tan delicado sentido de observación anota James Bryce, bastaría para hacer que en todas ellas, siempre resultara triunfante la virtud. Y permítame Ud. al paso recordarle que ya Emilio Zola hizo notar que los públicos muy viciosos, son sumamente exigentes en materia de moral, siempre que van al teatro o compran una novela.

En efecto, en el "moving picture" la virtud triunfa invariablemente, si bien por medios tan infantiles que la "tra-

ma" entera resulta absurda. Pero estas gentes no piden más.

Hay sin embargo, tres géneros de películas que merecen mención especial.

Una de ellas, que siempre es igual, es la de combate entre "indios" y americanos. Invariablemente los indios acaban derrotados lastimosamente; pero este hecho no es sino el esqueleto en que se cuelgan ciertas escenas que producen delirio: mucho correr de caballos, mucho disparar de pistolas y mucho muerto rodando por el suelo: una película en la que abunden esos tres elementos, puede estar segura de alcanzar un gran éxito en estos públicos.

Otro género, de reciente invención, que pone de relieve el infantilismo de este pueblo, es el que voy a explicarle.

Sin duda sabe Ud. que tan pronto como un salchichero de Chicago, a fuerza de vender embutidos en cuya composición suelen entrar partículas de carne de negro, amasa una fortuna, su sueño dorado consiste en casar una hija con algún bruja noble del viejo mundo, para ir a "darse pisto" en los salones de ultramar.

Aprovechando esta manía, aquellos marqueses y condes trónados, se llevan a las herederas americanas y con ellas los millones correspondientes.

Esto ha determinado cierta irritación entre el elemento masculino de aquí, que se ha externado en forma de artículos de periódicos atacando esos matrimonios, iniciativas de ley gravando la extracción de esos capitales, etc., etc.

Pero todo ha sido inútil: eternamente los salchicheros aspirarán a ser suegros de marqueses.

Y entonces un empresario de Cine, hombre listo entre todos, discurrió un género de revancha sumamente curioso y que a él, por lo menos, le ha producido espléndidos resultados.

La revancha consiste en que, si en la vida real los marqueses brujas de Europa se siguen llevando a las herederas ricas de América, en el "moving picture" los herederos ricos de América han comenzado a traer a las princesas brujas de Europa. ¿Qué opina Ud. del cambio?

En tesis general, la película desenvuelve un episodio en el cual un joven americano multimillonario y heroico, como si en él estuvieran amasados Rockefeller y Antinoo, conoce a la heredera del trono de un principado minúsculo de Euro-

pa. El americano, valiente como Bayardo y oportuno como detective de novela inglesa, llega a tiempo para salvar a la princesa de grandes peligros personales y mayores apuros pecuniarios; pero no logra impedir que en el último momento sea destronada. El americano, hombre desprendido si los hay y que desprecia las coronas, se trae a la princesa para Estados Unidos y al pasar por la isla de Bedloe, entrando a New York, frente a la "Libertad iluminando al Mundo," aunque aquí no ilumine a nadie—como aquellas gentes de quienes en México decimos que son "candil de la calle y obscuridad de su casa"—el americano abraza a la princesa y le dice: no temas, que ahora sí estamos en la tierra de la libertad!

En ese momento se apaga la linterna del cine, entre grandes e infantiles aplausos de estos "fellows," que no saben qué aplauden más, si a la libertad de bronce o al hecho de que los americanos se estén trayendo princesas... aunque esto sólo sea en "moving picture."

La última especie de películas, que adrede quise dejar para el fin, es la que llamaré de "los dos ladrones."

Hay muchas de estas películas, pero todas giran al rededor del tema genérico siguiente: se trata de un ladrón americano y uno mexicano. El americano, aunque ladrón, es el valor hecho carne, todo desprendimiento y lealtad, protector de doncellas y amparador de desvalidos. En una palabra, un don Quijote vestido de "cow boy."

El mexicano, es el otro lado de la medalla, siente pánico por el americano y evita encontrarse con él.

Hay también de por medio una muchacha americana, que vive en el campo y que en determinado momento se encuentra sola, amenazada en su honor y en su vida por el ladrón mexicano.

El otro, el ladrón yanqui, hecho "un veinticuatro" acude en su auxilio; pero no tan a tiempo, que antes la muchacha, por sí sola, no haya dado buena cuenta del mexicano, que hecho un mandria parece miserablemente a manos de la muchacha, no sin que ésta lo escupa y abofetee.

Todo lo cual con su acompañamiento de tiros y carreras, llena de risa y de placer infantil a estas buenas gentes.

* * *

Naturalmente que quien juzga por las vistas de "moving

picture"—y al paso haré constar que esas boberías están influyendo ya atrozmente en la mentalidad americana—imaginará que este es un pueblo de héroes, que cada americano con una pistola, es un Roldán invencible. No tengo noticia, sin embargo, de que en país alguno de la tierra ocurra jamás lo que aquí es corriente, a saber: que un solo ladrón asalte a 20 viajeros, les grite "hands up" y los desbalije tranquilamente sin que les ocurra siquiera defenderse.

Y para que no imagine Ud. que esto es también historia de "moving picture," sepa Ud. que el año pasado en visperas de mi viaje de New York a esta ciudad, dos ladrones solos, saquearon un inmenso tren de ferrocarril en las goteras de New Orleans.

No es eso solamente. En mi libro de recortes tengo uno, correspondiente el "Times-Picayune" del 11 de Julio de este año, en el que se da cuenta de que cuatro bandidos asaltaron el expreso de New York, un tren en el que viajan más de doscientas personas sobre una de las rutas más concurridas del mundo, y sencillamente se llevaron cosa de sesenta mil dollars.

Seguramente una escena así, no se concibe entre "cobardes" mexicanos.

Antes de concluir con el capítulo de los teatros, quiero hacer notar que en los de este país, no tratándose de "moving picture," abundan mucho más los artistas masculinos, al revés de lo que sucede entre nosotros, donde una mujer guapa vale mucho más que todo un "conservatorio" de emi-nencias del sexo fuerte.

Esto se explica fácilmente si se atiende al gran número de mujeres que concurren al espectáculo y que en él como en todas partes, acaban por imponer su gusto. Si sus retatarabuelas de Jamestown, fundadoras de este pueblo, comenzaron escogiendo los hombres a quienes habían de unirse, ¿por qué las nietas del siglo XX no han de tener el derecho de manifestar también sus preferencias?

* * *

Esta tiranía femenina no se ejerce sin que de tarde en tarde, provoque protestas más o menos enérgicas de sexo feo.

En el Estado de Kansas, por ejemplo, se ha iniciado

últimamente un movimiento, si no precisamente contra toda clase de mujeres, al menos contra las viejas, y especialmente contra las viejas verdes que, con el auxilio de ciertas mistificaciones, pretenden pasar por jóvenes, con grave detrimento de los derechos masculinos.

En efecto, no hace mucho tiempo todavía, que en un gran diario del Sur, se publicó el siguiente mensaje telegráfico:

"Topeka, Kas. Feb. 10 1915.—Kansas women over 45 years old, who wear ear-rings or treat their faces with cosmetics "for the purpose of creating a false impression," will be guilty of misdemeanors and upon conviction be subject to fines, if a bill introduced to-day in the lower house of the Legislature becomes law.

"Face powder, perfume, false hair and bleaching materials for the hair are among the articles the women would be forbidden to use.

The bill provides the women may not have their ears pierced nor wear ear-rings at "parties or in public place." (Picayune, Feb. 11 1915.) (*)

* * *

Cuando en un país hay legisladores capaces de pretender que se prohíba a las viejas el uso de recursos artificiales con el objeto de "crear una falsa impresión," ya nada debe sorprendernos.

En consecuencia, yo encuentro de lo más natural esta "efeméride" publicada por un diario americano el día 3 de Julio último:

"Twenty five years ago.—July 3th. 1890—the Post Office Department excluded from the mail Tolstoi's "Krewtzer Sonata" as an immoral work." (**)

Esa efeméride fechada el tres de Julio, me lleva de la mano a la fecha del día siguiente, el 4 de Julio, que es la fiesta nacional de aquí.

(*) Traducción.—"Topeka, Kas. Feb. 10 1915. Las mujeres de Kansas de más de 45 años que usen aretes o cosméticos en la cara "con el propósito de crear una falsa impresión," serán consideradas como reos de mala conducta y una vez convictas, quedaran sujetas a multas, si llega a aprobarse una iniciativa de ley presentada hoy a la cámara baja de la Legislatura.

Los polvos de cara, perfumes, pelo postizo y materiales para teñir el pelo, figuran entre los artículos cuyo uso será prohibido a las mujeres."

(**) Hace veinticinco años. El Departamento de correos excluyó de la circulación, la "Sonata de Krewtzer" de Tolstoi, como obra inmoral.

¿Cómo dirá Ud. que celebran aquí el aniversario nacional?

Aquí no se usan nuestras "dianas," nuestro paseo cívico, ni nuestros lastimosos "discursos oficiales;" aquí el número más saliente de la conmemoración es "un buen golpe de muertos y heridos."

En efecto, según el gran diario "The Chicago Tribune," en el presente año "Nineteen persons dead and 903 injured was the nation's sacrifice to the two days celebration of the Fourth of July." (*)

Por lo demás, es innegable que este pueblo progresa hasta en eso porque, según el mismo periódico, mientras que en 1915 hubo diez y nueve muertos y novecientos tres heridos, en 1914 no hubo más que doce muertos y ochocientos setenta y dos heridos!

* * *

Y a propósito de muertos, si Ud. imagina que aquí se muere uno como allá, chasco se lleva Ud. porque el americano hasta en eso ha de contrariar al resto de la humanidad.

Es decir, el acto de *morirse* precisamente, no difiere gran cosa, ya que por fortuna o por desgracia los gustos no han logrado todavía llegar hasta allá; yo, por lo menos, no he llegado a tener noticia de que haya por allí ningún "trust de la muerte;" pero todo ese conjunto de solemnidades que en nuestro país y en cualquier otro que no sea éste, se practican a la muerte de un deudo, aquí cambia notablemente.

La higiene, la famosa higiene, en cuyo nombre se cometen toda clase de barbaridades, ha extrangulado aquí todo sentimiento; y así como en México, los deudos retardan cuanto pueden el momento de "sacar el cadáver," aquí lo aceleran en lo posible. Luego que el paciente llega al "supremo instante," ya está funcionando el teléfono. Un momento después, llega el fúnebre carretón del "undertaker"—que es el Gayosso de aquí— y sin darle a uno tiempo ni para estirarse, se lo llevan en volandas.

Esa primera noche ya el difunto no la pasa en el que

(*) Traducción.—"Diez y nueve personas muertas y novecientos tres lastimadas, fue el sacrificio de la nación a la celebración, durante dos días del Cuatro de Julio."

fue su domicilio, sino en una gaveta con otros colegas de defunción, en el depósito de difuntos que el enterrador tiene en su "establecimiento" para tal efecto. Nada de gritos, desmayos, cuerpo presente, velorio y demás prácticas condenadas por la higiene.

Al día siguiente, en dos líneas del diario se da cuenta del "sensible acontecimiento" y de la hora del sepelio, se lo llevan a uno a la "última morada" en medio de un desfile en que todo, hasta la cara del cochero, es negro, salvo la concurrencia compuesta principalmente de mujeres y niños, vestidos de todos los colores más chillones, al grado de que el conjunto produce la impresión de un zarape del Saltillo.

* * *

Y ¿cómo hablar de muerte y de panteones sin pensar en la iglesia, que, más que todos los Gayossos del mundo, ha hecho de la muerte la gran industria?

Pero no se alarme Ud., mi querida tía, que no voy a hablar de la iglesia católica para no lastimar los piadosos sentimientos de Ud.; voy a hablar de la iglesia protestante, a darle una nota que a mí me parece sumamente cómica, de esa secta todo-seriedad, ya se denomine bautista, episcopal, metodista o presbiteriana, etc., etc.

Recién llegado a New York, cuando todavía no acertaba yo a orientarme en la enorme y tumultuosa ciudad, a menudo encontraba grandes carteles anunciando ceremonias en formas y términos que no difieren del *réclame* hecho a una nueva marca de jamones, por ejemplo, cosa que naturalmente, chocaba con mis hábitos mentales en materia de exterioridades religiosas. Esto me determinó a colarme una tarde en una de esas iglesias, y perder allí varias horas.

Un gran pensador inglés ha hecho notar que el culto externo siempre sobrevive al crédito de las religiones y a la fe de los espíritus. Y esta observación podría hacerla cualquiera, en presencia de los diversos "ganchos" que estas iglesias emplean para atraer ovejas al redil.

Desde luego en las invitaciones se puede leer con grandes letras esta sugestiva advertencia:

NO COLLECTION.

Es decir, que puede Ud. ir tranquila sin temor de peticiones insinuantes.

Pero una vez dentro del templo, se encuentra Ud. con- que además, para conservar y acrecer la clientela, se hace uso de todo género de atractivos, como las exhibiciones de cinematógrafo y reparto de sandwichs y pastelillos.

Recuerdo que la tarde aquella, después de la exhibición, el "pastor" de aquel rebaño se encaramó a un púlpito para advertir a los fieles que en el culto siguiente... los sandwichs serían de pavo!

¿Sonríe Ud. creyendo Ud. que esto es una broma mía? Nada menos que eso, señora tía; y para que Ud. no lo siga creyendo, adjunto le remito recorte del "New Orleans Item" en el cual no sólo informa, sino da todo género de detalles acerca de los arreglos hechos por las iglesias presbiterianas de New Orleans, para dar durante una semana "free lunch" (comidas y cenas gratis) á todo aquel valiente que se aguantara en los oficios desde las 5.20 de la tarde en que el rev. J. W. Cadwell daría lecturas sobre la Biblia, hasta que aquello terminase a las 9 de la noche.

Y sin embargo, todo esto, con ser que no puede ser más extravagante y ridículo, pasará desapercibido cuando conozca Ud. el hecho siguiente que resulta monstruoso para cualquier cerebro que no sea americano:

A fines del año pasado, se celebraba en New York un jubileo judío, y como las sinagogas que existen en aquella enorme ciudad no fueran suficientes para contener el tropel de israelitas—que en sólo New York pasan de un millón—¿qué imagina Ud. que hicieron? Sencillamente tomaron en arrendamiento varios templos protestantes, que durante una semana "desempeñaron" de sinagogas!

¿Llegó Ud. jamás a sospechar que un templo cristiano fuese arrendado para los cultos de aquellos precisamente que crucificaron al Salvador?

* * *

Estamos en el país de las extravagancias y podría yo seguir amontonándolas sin parar por espacio de muchos días; pero para mi objeto basta con lo dicho.

Yo quedaré satisfecho, si después de leerme, queda Ud. convencida de que este pueblo, lejos de ser aquel pueblo serio y adusto que allá imaginamos, es, por el contrario, superficial entre todos, y con una predilección por lo cómico,

rayano en grotesco, que en vano buscaría Ud. en ninguna otra parte. Por ésto, tanto como por sus fanfarronerías, su afición a las exageraciones, etc., bien podríamos llamar a estos hombres los "curros de América."

Y ahora, después que abundantemente le he manifestado el aspecto ridículo de estas gentes, permítame Ud. descansar para tomar aliento y mostrarle en mi próxima carta uno de sus lados sombríos y profundamente trágicos.

Su sobrino muy adicto.

